



Un punto de vista general.

El libro que el señor Bulnes ha publicado en elegante edición de París, bajo el título, *un peu trop tapageur*, LAS GRANDES MENTIRAS DE NUESTRA HISTORIA, afirma con el rápido y extenso consumo de su primera edición, que no hay en México escasez de lectores, ni falta de aplauso y estímulo para el talento, ni indiferencia para el estudio de los problemas sociales, históricos ó políticos que tocan las cuerdas épicas del patriotismo. Y otra cosa más significativa que el éxito de este libro, airado y fustigador, es el silencio medroso de la prensa atraillada por los fanatismos ignaros, para azuzarla contra todo pensamiento original. El libro triunfa. Sigue su ruta luminosa en la que encuentra el único galardón digno del esfuerzo intelectual: el aplauso sobrio, que no excluye, antes bien supone, la frialdad de un libre examen.

El señor Bulnes, como todo orador y polemista militante, tiene entre sus admiradores, cortesanos que le adulan, pero hay también entre los desafectos plebe hostil que le silba. Estas páginas no van dirigidas á los primeros ni asestadas contra los segundos. Hay que dejar á la canalla su papel de voceadora, y no pretender siquiera subir á su diapason. No concibe la admiración sin la abdicación del propio criterio, ni el disentiendo sin el odio. Para quien conozca al Sr. Bulnes, y lo admire comprendiéndolo, y lo aplauda por un movimiento que no sea simple reflejo fisiológico, sino un entusiasmo intelectual, no habrá artículo, discurso, libro ó folleto de este autor, cuyo contenido deba pasar á la categoría de verdad definitiva, si antes no se le examina con lente, se le escudriña con pinzas y se le pesa en balanzas de precisión. El orador, por serlo, expresa sólo fragmentos, relieves vigorosos de la

verdad, y la verdad no es en el mundo objetivo tal como la expone el procedimiento oratorio,—violenta, exclusiva, susceptible de demostrarse por reducción al absurdo,—es tenue, crepuscular, fugitiva, soluble en el error. Ante la tiranía del polemista, el proteccionismo es un crimen ó una bendición; ante el criterio vulgar y el buen sentido, que en esto se haya en conformidad con el criterio del estadista, del historiador y del sabio, el proteccionismo es todo lo que se quiera menos lo que resulta de las posiciones dialécticas de un debate. La verdad que cambia con la posición será cuando mucho un argumento. El argumento es la verdad del orador, como tal.—Si sujetáramos nuestra actividad intelectual y práctica con las cadenas dialécticas, nos acometería una dolencia semejante á la de esos locos que creyendo tener de vidrio el cuerpo no aciertan á menearse por miedo de romperse los miembros. El orgullo de nuestro siglo (hablo del XIX) ha sido emanciparnos de las construcciones dialécticas en ciencia y filosofía. Lo que la crítica ha hecho con los filósofos metafísicos,—á saber: leerlos, comentarlos, admirarlos y extraer de sus libros las verdades que encuentra en estado natural separándolas de los productos de laboratorio,—es lo que hace la meditación solitaria cuando se le presenta una afirmación caída de la tribuna tempestuosa ó estampada en el folleto agresivo.

Mientras pertenecemos á la multitud, obedecemos si nos gritan: *plaudite cives*; pero cuando volvemos grupas para recorrer nuevamente el camino del orador, en sentido inverso, ya sin la compañía del entusiasmo subyugador y grato, reintegramos á la realidad sus elementos en nuestro espíritu tranquilo, sin negar á la elocuencia nuestra admiración.

¿Verdades ó argumentos?

La verdad para el orador y para el polemista sólo se encuentra en la paradoja, más ó menos velada. En comprobación de esto basta estudiar la verdad de una tesis, de una causa ó de una situación en tesis, causa ó situación diferente. El orador que cambia de lugar, se pone en conflicto consigo mismo, y aun cuando á veces no exista una contradicción literal, siempre hay por lo menos curiosas interferencias en el conjunto de sus propias ideas. Se anulan unas afirmaciones por otras. La historia de estos combatientes es

una serie de suicidios mentales: cada día amanece un hombre nuevo con nuevas opiniones. Gambetta definía la política como el arte de las transacciones, y su actitud histórica suprema nos lo representa, sosteniendo el deber ineludible de no transigir cuando se trata de la patria. Thiers se burla de la economía política, y condena la expedición de México en nombre de la ciencia económica, tomándola muy en serio. D. Manuel Zamacona pide que se le pegue la lengua al paladar el día en que sostenga una dictadura y ha sostenido la dictadura con plena convicción y lengua tan suelta y elocuente como la de 1871. Sir Robert Peel es en la historia el padrino glorioso de la escuela manchesteriana, porque no se recuerda que antes fué el apoyo inmovible del proteccionismo. No es necesario citar el ejemplo de San Pablo, pues basta el de Cicerón, ya que se trata especialmente de oradores.—El Sr. Bulnes ha ostentado la pureza de su temperamento oratorio con resonantes ejemplos de variabilidad,—y no en asuntos políticos que por su naturaleza compleja y contingente presentan á todo hombre de acción, ocasiones y tentaciones para cambios, tan vergonzosos como los de Barère ó tan puros como los de Víctor Hugo,—sino en cuestiones de orden meramente científico, que son, aun dentro de la acción política, una noble especialidad del Sr. Bulnes, que ilustra su nombre honrosamente. Sabido es que el Sr. Bulnes ha compuesto un libro sólo para demostrar la miseria de los trópicos. Sus ideas sobre el particular se condensan en frases que les dan inmutable relieve: «¿por qué exceptuando los treinta y tres millones de habitantes de la América tropical, el resto, cuatrocientos millones de humanos tropicales, viven algunos en el triste estado de tribus salvajes, y la gran mayoría,—más de trescientos cincuenta millones,—como esclavos, como siervos, como animales de labor de alguna potencia de la raza del trigo. No conozco, fuera de los pueblos tropicales de América, una nación tropical, soberana, libre é independiente, siquiera con cuatro millones de habitantes. La única que existe con tres millones y medio de habitantes, es la Abisinia, bajo el imperio del bárbaro Menelik II. Más arriba de la nación de Menelik, no hay potencias ni chicas ni grandes tropicales, y más abajo hay reyezuelos malayos, africanos é hindous, de tribus que se intitulan naciones.»

«Si los treinta y tres millones de habitantes de la América tropical, no están á la altura del lastimoso imperio de Menelik, se debe á la conquista española que puso la dirección de la civiliza-

ción de la América conquistada en manos de razas del trigo puras y mestizas. ¿Qué significa, pues, que en 41.700,000 kilómetros cuadrados de trópico, no se encuentre una sola nación civilizada, rica, poblada, soberana, libre é independiente, cuando, como hemos visto, hay cuatrocientos millones de humanos tropicales? Este gran fracaso de la cuarta parte de la humanidad, se le debe al medio iá ese medio tropical de falsas riquezas maravillosas que sólo ha producido á sus razas, miseria, espantosas y silenciosas esclavitudes, sin dignidad, sin dolor, sin protestas!»

«Las civilizaciones azteca é inca, han tenido lugar fuera del trópico, por lo alto sobre las altas mesas andinas. Sin los Andes, la América tropical sería un arenal con temperatura de horno y hombres más impuros que las bestias, como tiene lugar en el Africa estéril. Si los inmigrantes aztecas é incas no se hubieran encaramado en los Andes hasta alcanzar alturas de dos, tres, cuatro y cinco mil metros, no hubieran podido formar imperios. La condición precisa, irrevocable, necesaria, del trópico, según la historia combinada con la geografía, no es siquiera la barbarie, sino el salvajismo.»¹

En la misma página se pregunta el Sr. Bulnes si el maíz es grano tropical. «En el vulgo,—es su contestación á esa pregunta,—hay una preocupación, perniciosa como todas las preocupaciones, que consiste en creer que porque en el trópico pueden levantarse dos ó tres cosechas de maíz al año, hay motivo para afirmar que nada hay tan favorable á la cultura del maíz como el clima tropical húmedo.»²

En México no ha habido panegirista más sincero, entusiasta y

1 Bulnes. *El porvenir de las naciones hispano-americanas*.

2 No sé hasta qué punto puede ser perniciosa una preocupación que no se funda en ningún interés sólido; supuesto que el maíz tropical no puede luchar en los mercados con el extra-tropical, la consabida preocupación se queda en la categoría de inocente andaluzada. Para los hombres de ciencia, y antes que para ellos, para los hombres prácticos, era sabido hace siglos lo que con variada copia de razones demuestra el Sr. Bulnes, como puede verse por un pasaje muy conocido del Barón de Humboldt en su *Nueva España*, (Tomo I, Lib. IV, cap. IX): «En las regiones cálidas y muy húmedas, el maíz puede dar dos ó tres cosechas al año; pero en general no se hace más que una: se siembra desde mediados de Junio hasta últimos de Agosto. Entre muchísimas variedades de esta gramínea nutritiva, hay una cuya espiga madura á los dos meses de sembrado el grano. Esta variedad precoz es muy conocida en Hungría, y M. Parmentier ha tratado de propagar en Francia su cultivo. Los mexicanos que habitan en las costas del Mar del Sur, dan la preferencia á otra, que Oviedo asegura haber visto en la Provincia de Nicaragua, y que se coge en menos de treinta ó cuarenta días. También recuerdo haberla visto cerca de Tomependa, en las márgenes del río de las Amazonas. Todas estas variedades de maíz, cuya vegetación es tan rápida, al parecer tienen el grano menos harinoso, y casi tan pequeño como el *zea curagua* de Chile.»

autorizado del trópico, que D. Francisco Bulnes. El es quien ha escrito esto: «Se dice también, para combatir los verdaderos motivos de nuestra depresión social, que nuestras tierras son muy inferiores á las americanas. Esto no es cierto. Tratándose de la Mesa Central, su aridez y pobreza, en general, son evidentes, y es allí donde el proteccionismo, á fuerza de leyes, ha querido fijar la agricultura nacional; pero en la vertiente de esa Mesa y en las costas, nuestra riqueza en tierras es imponente.»¹ No es una discrepancia casual: se sostiene la pugna entre los dos estudios, página á página, línea á línea, letra á letra.

Cuando llueven México bien, en zona extra-tropical, los agricultores de ella venden á \$1.00 plata y hasta \$0.75 plata el hectólitro de maíz, mientras que en las tierras calientes y feraces, los agricultores, como lo probó el viejo colono Don Hugo Finck, no podían dar en Huatusco, el hectólitro de maíz á menos de \$3.00 plata.

Examinando la lista de precios que publica el *Diario Oficial*, y que comprende todos los mercados de la República, se ve que por término medio y aun en los buenos años, el maíz de las tierras tropicales de inferior calidad respecto del de las zonas extra-tropicales, se vende á un precio superior al doble del precio medio del maíz de clima templado ó frío.

¿Sería ventajoso cultivar el maíz en tierras que dieran 300 cosechas al año, pero con la condición de que el costo de producción fuera tan alto, que no pudiera el maíz competir por su gran precio con el de las tierras que sólo dieran una cosecha anual? Mientras no tuvimos ferrocarriles, ni caminos carreteros, el maíz de las tierras calientes tuvo consumo en el lugar de su

En el Territorio de Tepic, el precio ordinario del maíz es de \$1.50 carga. En Jalisco, el maíz de la costa y especialmente en Autlán, el precio general de la carga de maíces de \$1.50 á \$1.00. Lo mismo sucede en la extensa costa de Michoacán y de Guerrero. Esos Estados miden una extensión de buenas tierras provistas de aguas propias para la irrigación y capaces por su extensión de alimentar barato á toda la República.

... Nuestra verdadera riqueza agrícola está en las costas y las vertientes de la Alta Mesa Central; el derecho de los mexicanos es indisputable para pedir y extraer alimento de sus buenas y ricas tierras. Ese bien nos pertenece; podemos usarlo. Y bien, siguiendo el litoral del Pacífico, esos mismos bajos que producen algodón, producen al mismo tiempo maíz á \$1.50 y á \$1.00 la carga. Para introducir á las regiones más pobladas de la República la cuarta parte de la producción actual... no necesitamos poner en cultivo más que 400,000 hectáreas, fáciles de encontrar en el litoral de Jalisco, Michoacán, Guerrero y Oaxaca.

1 Bulnes.—*Estudio sobre la debatida cuestión de la depreciación de la plata*.—México, Octubre de 1886.—Publicóse en el volumen titulado *La Crisis Monetaria*.—Oficinas tipográficas de la Secretaría de Fomento.

producción y en las comarcas inmediatas, pero al mercado que llega una locomotora hace imposible la lucha del maíz tropical contra el extra-tropical.

El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas. (Pág. 39).

Este aumento de granos tendría dos objetos: hacer bajar por lo menos en un seis por ciento el precio del maíz en la República, y evitar el alza en determinadas localidades. El granero del Pacífico sería el gran regulador de la alimentación popular. . . .

En la costa se cuenta, además, con los vientos y tierras húmedas, y sobre todo con la prodigiosa feracidad del suelo que rinde á veces hasta tres cosechas en el año.

Estudio sobre la debatida cuestión de la depreciación de la plata. (Págs. 164, 180 y 181).

Algodón.

En otros tiempos brillantes para el trópico, le correspondía proporcionalmente al mundo la mayor parte del algodón que consumía. Pero las cosas han cambiado rápida y profundamente, y el trópico en la actualidad es también impotente para producir algodón en competencia con los países extra-tropicales.

. . . . Atendiendo á la producción extra-tropical de Arabia, de Persia, de Egipto y de México, puede afirmarse que es mucho si el trópico produce el diez por ciento de algodón que anualmente se consume en el mundo. En la República Mexicana los plantadores de algodón tropicales se han arruinado, no pudiendo competir con la producción mexicana extra-tropical.

(*Op. cit.*)

En cuanto al algodón, en Tepic se vende la arroba sin despepitarse á \$0.62; en Michoacán á 0.50; en Guerrero á 0.50; en Jalisco á 0.50; en Jamiltepec, Oaxaca, á 0.50. La riqueza de la costa del Pacífico es muy superior á la de las tierras americanas del Sur, y en la actualidad Guerrero vende en el lugar de producción su algodón despepitado á \$8.00 quintal, mientras que los americanos dan el suyo, á la puerta de las haciendas á \$9.00.

. . . . Por otra parte, la industria algodonera es susceptible de vida natural. . . . El quintal de nuestro algodón despepitado cuesta un peso menos que el quintal americano en el lugar de cultivo: esta ventaja no la tenemos más que en la costa del Pacífico, en la inmensa extensión de bajos que siguen el litoral.

(*Op. cit.*)

No entra en mi propósito recrudecer la pugna entre estas proposiciones ni buscar una conciliación que las armonice, cosa esta última que se conseguiría, no mezclando como dice Humboldt,

ideas teóricas, poco susceptibles de una exactitud rigurosa, con la exposición de hechos ciertos. Para mi objeto basta señalar la oposición con que chocan á veces rudamente los argumentos de la causa de hoy y los que sustentaron la causa de ayer. Y esto no es engendrar desconfianzas, porque—vuelvo á decirlo, y lo repetiré—la sinceridad es un sentimiento indestructible en el polemista: mi objeto es definir y explicar en el proemio de este pobre estudio, la actitud del Sr. Bulnes ante los acontecimientos históricos que analiza con su agudo talento, no para desentrañar verdades, sino para denunciar mentiras, grandes mentiras, con la cólera de un vengador.

Las verdades y las mentiras de la historia.

¿Cuáles son las grandes mentiras de nuestra historia? Ya he dicho que se me antojan demasiado violentos y estruendosos, para título de un libro, el sustantivo denigrante y el epíteto amplificador con que el Sr. Bulnes denuncia nuestra historia. Pero no basta una mera impresión, y puesto que escribo, debo hacer el análisis del título que tanto sorprende el ánimo del lector. Ante todo, diré que no es la causa de esa desazón, el ser *nuestra* la historia de que se trata: no, lo mismo daría que se tratara de las mentiras de otra historia: japonesa, griega, norteamericana, ó de las mentiras de la historia general de todos los pueblos. En puridad, podemos decir: *las verdades de la historia* y nunca *las mentiras de la historia*, como podemos decir: *las verdades de la química* y no *las mentiras de la química*. La química, como todas las ciencias, es (ó la creemos) un encadenamiento de verdades, no un hacinamiento de verdades y mentiras. La teoría del flogístico, la doctrina geocéntrica, el horror al vacío, no son mentiras, de la química, de la astronomía y de la física, respectivamente. Son mentiras, desalojadas, como tales, de los dominios de la ciencia y registradas en la lista de los grandes errores humanos. El legendario Carlo Magno que en una sentada se comía medio carnero y aun tenía apetito para golosinas de menos substancia; el Rolando que de un tajo hendía una montaña y cuya trompeta de marfil se oía á tres leguas de distancia; el Cid batallador que ganaba ya muerto una batalla; la Quivira y la Cibola fabulosas de Fray Marcos de Niza y de Cabeza de Vaca, ¿deberán catalogarse entre las mentiras históricas? La

historia no es la leyenda de Rolando, ni la de Carlo Magno, ni la de *Mío Cid*, ni la de Cíbola y Quivira. No está integrada por estas mentiras; al contrario, las analiza y disuelve. Se dirá que en un tiempo fué verdad histórica la leyenda del Cid. Si, y en un tiempo fué química el pandemonium de los alquimistas; pero cuando lo que se creía verdad llegó á considerarse como un error, éste dejó de formar parte de la ciencia.

Congratulémonos. Si el Sr. Bulnes ha descubierto grandes mentiras en nuestra historia, eso indica que no teníamos historia y que comienza á constituirse esa importante provincia del conocimiento social. Por lo demás, nada de extraño hay en que apenas vaya descubriéndose la verdad sobre acontecimientos de fecha reciente. Muchos millares de siglos hubieron de pasar para que se estudiara científicamente todo lo relativo á las grandes especies animales extinguidas y al hombre pre-adamita. ¡Por algo se llaman ciencias de lo viejo y de lo arcaico las que tienen por objeto estos estudios! La historia crítica no es cosa tan nueva que nos avergüence tener menos libros nacionales inspirados en ella, que estaciones metereológicas ó cartillas de aritmética. ¿Cuántos años hace que hay una historia de Francia, digna de tal nombre, fundada en verdadera erudición y escrita á la luz del criterio científico? Si hace veinte años hubiera escrito su libro el Sr. Bulnes,—pudo haberlo,—*las grandes mentiras de nuestra historia* á que él se refiere habrían durado menos de medio siglo, período insignificante para la vida de un pueblo. Pero sin necesidad de tantas prisas, viniendo las cosas á su hora, como ha venido el libro del Sr. Bulnes, ¿no basta esto para demostrar que nuestra patria y en nuestra historia es efímero el reinado de la mentira?

Las que denuncia el Sr. Bulnes no son mentiras históricas, puesto que la historia es la verdad que ésta descubre ó restaura, y aquéllas deben llamarse, por consiguiente, mentiras populares, mentiras pedagógicas, mentiras oficiales, mentiras patrióticas, como se quiera, menos mentiras de nuestra historia. Por ese lado el título del libro, ya no es muy irreprochable; pero aun hay algo más. ¿Se trata en realidad de grandes mentiras en el libro del Sr. Bulnes? En los libros de historia (no en la historia, que es un conocimiento en el grado de depuración más alto concorde con los adelantos de la crítica), puede haber mentiras grandes, pequeñas é imperceptibles. Una gran mentira (y acepto la palabra mentira, por deferencia y haciendo la salvedad de que en estos particulares

casi siempre es más propio decir *error* que *mentira*, á menos que se trate de denunciar no el propio engaño, sino el propósito de engañar á los demás, lo que es un fraude) una gran mentira histórica sería afirmar que durante los siete siglos de la decantada reconquista de España, las relaciones entre los centros cristianos y musulmanes no fueron sino las de una lucha bárbara y sangrienta, simplificadas por el odio religioso; gran mentira histórica sería atribuir á la Francia de los Carolingios y Merovingios la unidad alcanzada más tarde á costa de guerras de conquista en que las provincias eran objeto de asolamientos que hacían de los señores del Norte, plagas del Mediodía, y en que los reyes se presentaban ante los pueblos alarmados, como enemigos de la independencia local. Pequeña mentira histórica es llamar batalla el combate de Roncesvalles y pequeñísima, alterar el número de los combatientes en los dos bandos.

No podrá, pues, llamarse gran mentira histórica, en general, sino aquella en que entre como elemento un error sobre hechos fundamentales, como son el tipo de una civilización, el carácter de un pueblo, la fisonomía de una época. ¿Rectifica el Sr. Bulnes alguno de estos errores? Vamos á examinar esta cuestión así como la siguiente, ligada con ella: ¿las grandes mentiras de nuestra historia á que él se refiere, son por las autoridades que las sustentan y por los libros en que corren impresas, reflejo de la opinión ilustrada y marcan el estado intelectual de las clases directoras ó son únicamente índice de preocupaciones vulgares y de convencionalismos no relacionados con la investigación desinteresada?

Después de esta discusión tocará su turno á los hechos y á las rectificaciones que forman la materia del libro perturbador que examinamos.

Las grandes mentiras de la historia y los compendios de historia.

El Sr. Bulnes sabe, como hombre de ciencia y como crítico, que la investigación científica tiene por objeto descubrir la verdad, no solapar ni menos propalar el error, á sabiendas y dolosamente. La investigación histórica no podrá encadenar rigurosamente sus verdades como la ciencia abstracta; pero como ella, las depura, y depuradas las expone con método para organizarlas en síntesis cuyo valor científico es independiente de la historia y resulta de

otros elementos. No siendo, pues, atributo de la historia, como no lo es de la ciencia, fomentar el error maliciosamente, ni aun siquiera tolerarlo, y puesto que al Sr. Bulnes no podía creérsele capaz de confusiones tan vulgares, hay que interpretar el título de su libro, y no llamarlo impropio é incorrecto, sino intencionado. Para el Sr. Bulnes, como para todo el mundo, la misión propia, ineludible de la historia, consiste en buscar y exponer la verdad, no en acariciar el error, ni menos en su propagación. Pero si la historia general, la de Francia, la de Inglaterra, la del Indostán dicen la verdad, la nuestra por excepción es mendaz. No estamos en el error, por falta de crítica en los escritores más leídos y de ilustración en las masas, por obra inconsciente de las preocupaciones ó por otra causa de semejante naturaleza: nuestros errores son la obra criminal de una historia hecha para engañarnos deliberadamente. «Tal como nuestra llamada historia, sirve á nuestro espíritu y especialmente al de la niñez, el ataque y toma de la fortaleza de San Juan de Ulúa, tiene tanta verdad como la de cualquier cuento oriental entretejido con escenas maravillosas. Modestamente pretendo ser el primero en dar la verdad histórica de este hecho de armas que debió haber avergonzado á nuestros antecesores en vez de inflarlos deshonestamente.»¹ ¿Por qué no se conoció antes la verdad histórica? ¿quién la ocultaba? Sólo la acción corrosiva de la misma vanidad del buen vulgo que «resolvió confundir la cobardía con el heroísmo y dar medallas de oro y ascensos á los que merecían la degradación y la pena de muerte, escandalizando con semejante conducta á todos los hombres de guerra y de prensa ilustrada del universo.» Siguiendo esa reacción corrosiva de nuestra vanidad, «la historia ha emprendido la tarea de deshonorarse para probarnos que las murallas del castillo de San Juan de Ulúa se habían convertido en hojas de papel, que los cañones no alcanzaban, que casi no los había y después de *asentar un chubasco* de hechos falsos se nos cuenta que la mayoría de los defensores murieron. . . . Nuestra civilización actual nos permite ser tratados seriamente, sin burlas: sin *ruedas de molino* y nos impone el deber de CORREGIR NUESTRA HISTORIA y levantarla á la ALTURA DE LA VERDAD, único punto donde se encuentra el verdadero honor El señor Pérez Verdía lanza á la niñez, desvalida de historiadores, esta *falsedad*. . . . En todos nuestros libros de historia patria *figura* que los defensores de San Juan de

1 Bulnes. *Las grandes mentiras de nuestra historia.*

Ulúa lucharon con *cuarenta cañones* contra el *fuego de doscientos*. . . El vulgo ignorante y dentro de él los militares mexicanos de 1838 y *los historiadores* consideran que la desigualdad de piezas en juego entre la fortaleza y la escuadra fué un hecho excepcional. . . Asombra ver que eran militares las personas que han proporcionado el espléndido material para decir *desatinos á nuestros sencillos y colombinos historiadores* que á su vez impregnan el espíritu nacional de fábulas ridículas. . . . La afirmación de que nuestros cañones no alcanzaban, la han reproducido *nuestros historiadores* y la he visto con pena aceptada por el Sr. Fernando Iglesias Calderón, crítico sutil quien me pareció imposible digiriese *ruedas de molino*. . . . Resulta, pues, una gran *rueda de molino* para la *ilimitada credulidad nacional*, la afirmación que no alcanzaban nuestros cañones. . . . Sólo la ligereza de *nuestros historiadores* y el candor ó cinismo de los generales mexicanos de 1838, que nos trataban como á idiotas, puede hacer que se acoja como hecho posible que un jefe de escuadra arroje despótica y vilmente, de la región del combate, á la mitad de sus barcos, haciéndolos aparecer como espectadores. . . . Esta falsedad (que sucumbió la mayoría de los defensores de Ulúa) no es de origen oficial, emana de la ebullición patriótica de algunos historiadores, que la inventan Atacadas las principales falsedades con que se ha intentado envilecer nuestra historia patria, es ya tiempo de examinar la ineptitud, base de la defensa nacional. . . . *La vanidad ha hecho de nuestra historia una madriguera de fanfarronadas y mentiras*. . . . *Todas nuestras historias modernas suprimen ó deforman la primera parte de la campaña de Texas, que he dado á conocer en todo el vigor de su verdadera expresión.* No siendo posible que nos honrase, el patriotismo prostituido, con su espíritu mezquino, bárbaro y falso, ha cumplido su misión de guerra á la verdad siempre que no sirve para inflar nuestro amor propio originado por un estado social demente. . . . *Nuestros historiadores* tienen el vicio de considerar inatacable toda versión con tal que sea popular ó que por lo menos se halle en boga, no preocupándose por averiguar si es verdadera. . . . Procedo á destruir nuestras llamadas verdades históricas. —Estas proposiciones son universales: se habla en globo de toda nuestra historia y en conjunto de todos nuestros historiadores. Lo más que á éstos se concede es no formar parte de una conspiración permanente contra la verdad y propalar las mentiras, inocentemente, por impotencia intelectual de cretinos. No creo que sean jus-